Alvarado que debia hallarse en las costas de Colima con la armada que habia sacado de Guatemala con destino á las Californias, para que diese pronto auxilio al gobernador de la N. Galicia, antes que los indios sublevados acabasen con todos los españoles, y destruyesen los nuevos establecimientos. Al mismo tiempo estrechándose las necesidades de Oñate, determinó por sí mismo pedir á Pedro de Alvarado el auxilio, y al efecto mandó á Juan de Villareal, para que imponiéndolo de la necesidad estrema en que se hallaban, lo comprometiesen á venir á la defensa.

Con tan fundadas esperanzas de un pronto auxilio, no se descuidó Oñate de mandar algunas descubiertas de la poca tropa que le habia quedado, para que los indios se entretuvieran. Salió con éste objeto Miguel Ibarra para Teocaltiche, encontró solos los pueblos, y sabedor de que estaban reunidos los sublevados en el Peñol de Nochistlán, temerariamente se dirigió al fuerte en donde ya habia una multitud de guerreros dispuestos á pelear como en el Mixtón. Prevalido de la autoridad que podia tener sobre algunos de los que allí se hallaban, por ser encomendero de Teocaltiche, solicitó hablarles, disimulándoles la falta que habian cometido, les habló efectivamente con cariño, y les pidió de comer, ellos le respondieron, que si quería comer, que trabajase, ó lo fuese á pedir al Mixton: solo quiero vuestra amistad, les resplicó Ibarra, y los exhortaba á la paz, y á que bajasen del fuerte á sus pueblos. Convencidos los indios de que los compañeros de Ibarra eran pocos, y que ellos ya eran muchos, descargaron sobre él una tempestad de flecha y piedras; mas el español con serenidad se retiró al pueblo. Allí pudo hablar con un casique amigo, que se empeñó en disuadir á Ibarra de la empresa que habia tomado, porque en su opinion perecerían pronto todos los españoles: le hizo ver

que se trataba de hacer reuniones de valientes en varios puntos, porque los naturales estaban decididos á morir antes que rendirse al yugo de una dominacion extrangera, y tenian por gefe á D. Diego Zacatecas, general muy valiente y experto.

Esto determinó á Ibarra á solicitar una entrevista con dicho gefe; y llamado al intento por el casique amigo, salió d. Diego persuadido de que se trataría de hacerle algunas proposiciones; pero viendo que solo se trataba de que se rindiesen, se irritó tanto que allí mismo dió la voz de alarma. Ibarra huyó con los suyos precipitadamente; y lo habrian seguido los indios hasta la ciudad, si no hubieran desaparecido los españoles por la velocidad de los caballos. En la ciudad no fue tanta la sorpresa que causó este suceso, á virtud del socorro de Pedro de Alvarado que esperaban pronto, y que ya venia á marchas dobles.

Siguen los sucesos adversos en la N. Galicia, muerte de Pedro de Alvarado y traslacion de la ciudad de Guadalajara.

Habia tocado Pedro de Alvarado con su armada que iba destinada á Californias en el llamado hoy puerto de Navidad: allí Juan de Hijar que se hallaba en su nueva villa de la Purificacion, le dió parte de las noticias adversas, que despues recibió ya mas detalladas en Zapotlan, de Juan de Villareal el enviado de Oñate. Real dió el parte, y Alvarado tuvo á fortuna haber llegado á aquellas costas en tiempo en que podia recomendarse mas, y proveerse de cuanto necesitase para hacer mas descansada su navegacion con los despojos de los pueblos reveldes: hizo junta de guerra con su oficialidad, y resolvió distribuir mas de mil hombres que

traia en varios puntos de importancia, para imponer respeto á los indios, mientras destruia sus fortalezas. Con 500 hombres puso el cuartel general en Autlan, 25 puso en Ezatlan, 50 en Zapotlan, 25 en Chapala, 25 en Tonalán, 300 dejó guardando en el puerto la armada, y con los ciento restantes avanzó á la ciudad de Guadalajara. Por los pueblos del tránsito lo recibian los indios pacíficos con celebridad y regosijos públicos, dándose los parabienes principalmente los españoles, de que viniese á la pacificacion del reino un sugeto de tanto nombre en todas las Américas.

Pasó Alvarado el rio por la barranca sin novedad, y luego salió Oñate con su gente y el ayuntamiento de la ciudad á recibirlo, se le hicieron los honores de general, y se le dispuso el alojamiento que merecia. Trató luego con el gobernador del principal asunto que lo habia conducido allí. A mi me parece, dijo Alvarado á Oñate, que no se debe dilatar el castigo de éstos indios. *Vergüenza es, que esos gatillos hayan dado tanto cuidado á V. S. y hayan hecho tanto ruido: con menos gente que la que traigo sobra para sujetarlos: no hay que esperar mas.* Esto decia Alvarado con relacion al auxilio que se le habia pedido al virey, y habia ya prometido. Como éste gefe tenia probado su valor en las campañas que tuvo con los indios de Méjico, Guatemala y otras partes, le pareció que llegando el socorro de Méjico, se le privaba á él de la gloria de vencedor de Nochistlan y del Mixton.—Se sonrojó Oñate de que Alvarado atribuyese á poca resolucion y valor no haber destruido las fortalezas de los indígenas, y con alguna incomodidad, le respondió: „*No hay que tocar eso Señor Adelantando, todos hemos hecho nuestro deber; yo he cumplido con el mio, y he conocido por mas de diez años de esperiencia, que mayor dificultad es conservar lo ganado, que descubrir y conquistar nuevas tierras. En la N. España donde V. S. ha estado, habia ciudades y pueblos grandes de indios ricos, que tenian mucho que defender; y por lo mismo se paraban á sostener los ataques en que por la debilidad de su armamento, era preciso que fueran derrotados; pero en la N. Galicia, aunque haya muchos pueblos, son menos que en la N. España, y los indios no tan ricos que les embarace la defensa de sus bienes, para andar como gatillos, que si de una montaña los bajamos, se suben luego á otra sin haber perdido nada. Entre tanto nos dejan estropeados, y sin haber hecho presa alguna. Las familias las esconden en las quebradas de los cerros y solamente brincando como gatos, se les puede encontrar:* y despues de otras varias reflexiones, prosiguió Oñate: „*V. S. desea la brevedad, tambien yo la deseo; pero hay que advertir, que el tiempo en que nos hallamos no es á propósito para la guerra, porque se forman en éstos valles con las aguas grandes ciénegas que embarazan las marchas y maniobras de guerra, principalmente á la caballería. Asi es, que me parece mejor que descanse V. S. y aguardemos tiempo oportuno, porque solamente con su presencia estamos favorecidos.*" Alvarado con resolucion replicó: que él habia de ir con su gente al Peñol de Nochistlan aunque no le acompañase soldado alguno de la ciudad, que en cuatro dias quería pacificar la tierra por convenirle así, para seguir su viaje á las Californias. Esto avergonzó demasiado al gobernador Oñate, y despues de grandes debates entre los gefes y las tropas, se resolvió que el gobernador se quedase guardando la ciudad con su gente, y que el Adelantado con la suya fuese á atacar la fortaleza del Peñol de Nochistlan. Ya al salir Alvarado, oyó decir á Oñate: *¡Cuanto temo suceda una desgracia ó desastre por no aguardar mejor tiempo!* y ya impaciente le contestó hablando á sus soldados: *la suerte está echada: á marchar amigos;*

cada uno haga su deber, pues á esto venimos. Oñate hizo las protestas correspondientes sobre una resolucion tan violenta; y dispuso á sus soldados para el socorro que tenia por indefectible, se habia de ver en la necesidad de dar.

La vanidad arrogante de Alvarado lo precipitó á vuscar su última ruina, y aunque no le vino inmediatamente del combate que tuvo con los indígenas, ignorando los caminos y los peligros que se encuentran en las atravesias, fueron éstos suficientes para humillarlo: salió Alvarado y su corta division para Nochistlán, en donde entonces estaba la mayor reunion de los indios, llegó y reconoció con la mayor atencion el fuerte, lo encontró amurallado y defendido con siete albarradas ó potreros y acercándose á ellos desmontó del caballo y dijo: *esto ha de ser así,* y comenzó á quitar piedras para abrir brecha. Los demas soldados lo siguieron, haciendo lo mismo: los indios no les dieron lugar para tanto como deseaban, y vinieron sobre ellos. A pesar de que los españoles los atacaron con rodela y espada en mano, y con el fuego competente para rechazarlos, fue tanta la piedra manual que les disparaban con las hondas, que á no retirarse Alvarado, quedara cubierto con toda su gente, pues solo con la primera descarga destruyeron la primera albarrada. Mientras unos indios les disparaban una nuve de piedras y de flechas, otros bajaban del Peñol á cortarles la retirada.

Puestos los indígenas á proporcionadas distancias formaron una media luna en que ya tenian envueltos á sus enemigos, pero Alvarado desesperado en el peligro, rompió el sitio, y dió órden de retirada. Cada paso que daban los castellanos era un riesgo, porque ayudados los indios de las quiebras del terreno, cienegas y montes de nopales y magueyes, envolvieron á algunos españoles que murieron desastrosamente. Alvarado con los demás

escapó solamente á favor de la velocidad de los caballos. Esta fuga precipitada hecha con bastante pérdida, fue el resultado de la temeridad de Alvarado, en atacar con tan poca gente y en tiempo inoportuno á una reunion formidable de guerreros decididos á vencer ó morir. Pero ya se acercaba su última ruina.

Los indios viendo á los españoles acobardados, los siguieron: aunque con la cautela que exigia el armamento tan ventajoso que aquellos tenian. El Adelantado pié á tierra hacía frente al enemigo mientras avanzaban los demas, que á su vez hacian lo mismo para que él pudiera reunirse á los otros. Con éste órden se hacia la retirada, cuando llegaron los españoles á una quiebra que hace la sierra á tres leguas de Nochistlan, que hoy llamamos las huertas, y al subir la cuesta para Yahualica sucedió la catástrofe fatal con que el cielo quiso humillar al coloso. Caminaba Alvarado tras de un soldado llamado Baltazar Montoya, éste picaba demasiado al caballo, porque le parecia que lo alcanzaban los indios: le hacia instancia Alvarado á que se sosegase, y anduviese despacio, pero como el miedo no permitia á Montoya detenerse, siguió como antes, y yéndosele los pies al caballo por la cuesta, ya rodando solamente el bruto, se llevó consigo á Pedro de Alvarado dándole tantos golpes hasta el plano de la cuesta, que lo dejó sin movimiento. Volvieron los soldados españoles á su socorro y lo creyeron muerto; pero despues de algunas diligencias conocieron que solo estaba desmayado. Volvió del letargo y les dijo, que tomase uno su casaca y baston para imponer respeto á los enemigos que aun no dejaban de seguir al alcance, pero siendo éstos ya pocos en número, se retiraron con los demás á celebrar, como era regular hacerlo, el triunfo conseguido.

Luego dispusieron los españoles un pavéz ó

parihuela para conducir en hombros á su gefe que preguntado ¿qué le dolia? respondió: „*el alma: llevadme á donde la cure con la penitencia: lo sucedido ya no tiene remedio, ésto merece quien se junta con tales hombres como Montoya.*" Lo condujeron luego al pueblo de Atenguillo, y reconocieron haberse quebrado algunos huesos, por lo que luego se creyó incurable su mal. Oñate que temeroso del fatal resultado en la accion con los indios, habia salido con algunos de los soldados de la ciudad, habia observado desde un montecillo que domina al pueblo de Yahualica, la retirada de los españoles, y sabedor de la desgracia de Alvarado, se apresuró á llegar al pueblo de Atenguillo: su sorpresa fué extraordinaria al saber, que habian muerto mas de treinta españoles, y que el general no tenia remedio, que moriría sin duda alguna. Puesto en su presencia se vieron ambos sin poder hablar una palabra sofocados del dolor: Oñate le hechó los brazos, y Alvarado prorumpió: *¿Qué remedio hay amigos? Curar el alma es lo que conviene. Yo tuve la culpa en no creer á quien conocia mejor que yo la gente y terreno. Yo me siento muy malo, y pido por Dios me lleven á la ciudad para disponerme á morir.*

La contestacion de Oñate fue igualmente tierna, ofreciéndole cuanto valia para consolarlo, y se adelantó á la ciudad á disponer lo necesario para la curacion y consuelo del enfermo despues de haber dado las órdenes convenientes para su conduccion. Encontró ya saliendo de la ciudad, al br. d. Bartolo Estrada, que le iba á administrar los auxilios espirituales, y solamente le encargó Oñate la brevedad; pero como los conductores de Alvarado violentaron lo posible la marcha, lo encontró el padre en un monte de pinos que hasta hoy se vé una legua antes de llegar á Tlacotan, y allí mismo lo confesó.

Luego que llegó á la ciudad el Adelantado, hizo testamento mandando entre otras cosas que su cuerpo fuese trasladado á Guatemala, donde quedaba su muger; y al fin despues de diez dias de mortales dolores, murió el cuatro de Julio de mil quinientos cuarenta y uno. Los gefes de los destacamentos que dejó en varios puntos de la N. Galicia, se quedaron á las órdenes del gobernador, y la armada se volvió con poca tripulacion á Guatemala. Celebren otros historiadores la memoria de este y otros conquistadores, mientras yo los compadezco, porque ignoro si los excesos que cometieron en la conquista de éstos estados, podrán hacer contraste seguro para sus almas con el bien que trageron á los indígenas con la religion verdadera, no como objeto principal de sus expediciones, sino solamente porque ellos eran católicos.

La impresion que causó la muerte de Alvarado en Méjico y en los pueblos conquistados de N. Galicia fue extraordinaria, pero no por eso se contuvieron los demás conquistadores en provocar la venganza de los indios, y enfurecidos los bandos de una y otra parte, se empeoraron las cosas de la N. Galicia. Las fortalezas que los indios habian levantado en varios puntos, se cubrieron con un número grande de guerreros de los muchos pueblos que se levantaron dando muerte á los encargados de las encomiendas y aun á algunos misioneros. Oñate trató de fortificar la ciudad mientras venía el socorro, que con mas empeño pidió á Méjico, y solamente destacaba una ú otra partida de descubierta para observar los movimientos del enemigo. Entre tanto que ésto sucedía, llegó de Méjico á resulta de la desgraciada muerte de Alvarado, que Oñate comunicó al virey, el capitan Juan de Monzivais con cincuenta soldados de caballería. Con esto y las noticias de estar formando Mendoza un ejército para salir por sí mismo á

destruir las fortalezas de los indígenas sublevados en la N. Galicia, se alentaron las esperanzas de los pueblos pacíficos que ya desfayecian y trataban de desamparar sus hogares.

Era el cuatro de Setiembre del mismo año cuando vieron en Guadalajara acercarse como cien indios armados: Oñate que no dormia, mandó luego á Francisco Delgadillo con un trozo de tropa á reconocerlos: luego que se acercaron se reconocieron como amigos, y uno de los indios expuso á Delgadillo, como el casique de Atemajac mandaba presos con ellos unos 30 indígenas que habian ido á seducirlo á nombre de los casiques que se fortalecian en Nochistlán y el Mixton para que se fuese con ellos, si quería defenderse de los males que le esperaban con la dominacion española. Oido esto por Delgadillo, acarició á los conductores, é incorporado con ellos condujeron á la presencia de Oñate á los reos. Esta division de ánimos que presenta el caso, prueba con evidencia la debilidad humana, y el caracter servil de algunos indígenas que cooperaron tanto como las armas españolas á su conquista.

A los dos dias mandó ahorcar Oñate á todos los reos y dió las gracias como merecia al casique de Atemajac, por su célo y buena disposicion hácia los españoles. No podía dejar de irritar los ánimos de los indígenas disidentes éste suceso; y el veintisiete del mismo mes se dejaron ver los valles de Tlacotán y Mascuala llenos de guerreros que venian á tomar venganza de tantos agravios. Bien prevenidos los españoles para defenderse, salieron de la ciudad á recibirlos y éste movimiento impelió á aquellos valientes á echarse ciegos sobre las trincheras. Fueron recibidos con una descarga general de cañon y fusiles, y ya se deja entender cual sería el resultado. El autor de la historia inedita que tengo presente dice, que llegó á correr

la sangre de los indígenas por las calles de la ciudad, que llegó á tanto la temeridad de algunos indios, que sin órden ni combinacion alguna asaltaban la plaza, y eran así víctimas de su arrojo inconsiderado. Alguno de éstos murió á manos de una muger que como otras armada de puñal defendia la puerta de su casa.

Resistido vigorosamente el asalto, y muertos cuantos se acercaron ó entraron á la ciudad, salió por todas direcciones la caballería haciendo mayores destrozos, hasta que se retiraron los indios; pero como prometieron volver, y habian muerto algunos españoles, y á mas demoraba el auxilio de Méjico, quedó la ciudad en la mayor consternacion.

El siguiente dia del ataque fué el 28 de Setiembre, y á propuesta de Oñate y por unanimidad de votos del ayuntamiento y vecinos se juró por patron de la ciudad al Sr. S. Miguel. Bajo sus auspicios se resolvió tambien trasladar la ciudad tercera vez al valle de Atemajac al punto ya de antemano reconocido, y aprobado por todos al efecto, por su amenidad, y hallarse en medio de todos los pueblos mas amigos, y decididos por los castellanos. El mismo dia comenzaron los vecinos á trasladarse al llamado pueblo de Analco, dejando en Tlacotan solo la guarnicion competente para contener á los indios, y observar sus movimientos.

Destruccion de las fortalezas de los indios: se decide su suerte para siempre.

Activó cuanto pudo el virey d. Antonio Mendoza las providencias necesarias para formar un ejército capaz de contener la sublevacion general que en el norte de N. Galicia habian promovido los cascanes y otras naciones. Salió en persona á fines del año